

La incompreensión del estadista

Álvaro. *Su vida y su siglo*

JUAN ESTEBAN CONSTAÍN

Penguin Random House, Bogotá, 2019, 433 pp.

CIERTAS BIOGRAFÍAS parecen destinadas a comenzar por el episodio final de la vida del biografiado, sobre todo aquellas en que el último hito de ese destino individual es la irrupción de una muerte con el destello de asalto y fugacidad de un asesinato. Y es justo de esta manera, compelido por esta circunstancia fatídica que obliga a torcer y a invertir el orden del relato, a arrancar desde el desenlace para ir remontando la corriente de los hechos, como empieza el escritor e historiador payanés Juan Esteban Constaín su larga y cariñosa semblanza de la vida de Álvaro Gómez Hurtado, y con ella su propio recuento de la historia política colombiana del siglo XX.

Los rasgos circunstanciales del asesinato de Álvaro Gómez son conocidos: el jueves 2 de noviembre de 1995, cuando salía de dictar una clase sobre el Barroco en una universidad en el norte de Bogotá, las rondas y descargas sucesivas de una ametralladora, que más que ráfagas atronadoras parecían los ahogos de un electrodoméstico haciendo cortocircuito —según el curioso testimonio onomatopéyico de uno de los testigos—, acabaron con la vida de quien, ya curado de viejos fantasmas, gastaba sus días con la tranquilidad jubilosa de no tener que malbaratarlos en la conquista de ningún triunfo ni victoria en el ámbito artero y despiadado de la política.

Frente a este magnicidio, uno más en la larga estela de homicidios consumados contra notables líderes políticos en esa Colombia agónica de finales de la década de los ochenta y principios de los noventa, se pregunta Constaín con compunción pero también con el deseo genuino de entender: “¿Qué pudo haber pensando Álvaro Gómez Hurtado en ese momento?, ¿qué pudo haber dicho o sentido? Imposible saberlo, por supuesto. Quizás alcanzó a mirar hacia un lado, tratando de encontrarles una explicación a las cosas, que era lo que había hecho siempre en la vida” (p. 52).

Y esto de “encontrarle una explicación a las cosas”, de mirirlas y entenderlas de verdad y no de inmovilizarse en la convicción de ya haberlas visto y entendido, le sirve también a Constaín de orientación metodológica para ponerse a cubierto de la previsible andanada de reproches e insultos que trae consigo el estudiar el legado de alguien que, como Gómez Hurtado, o como Laureano Gómez, su padre, representa, en una parte considerable de nuestra tradición historiográfica, lo más obtuso, cerril y violento de la política partidista del siglo XX colombiano. Constaín, que se describe a sí mismo como un conservador confeso pero sin adhesiones de partido, se propone un ejercicio de interpretación histórica sin estridencias de tono exculpatorio ni encomios desmedidos, pero tampoco con “cartas tapadas ni objetividades presuntas” (p. 248). Esta valerosa formulación de principios y de honestidad intelectual, capaz de acoger el matiz propio y el entusiasmo del afecto sin hacerlos pasar por otra cosa, está presente a lo largo del libro y es, sin duda, uno de sus aciertos.

Es también un rasgo notorio e inusual de esta biografía el hecho de ser dos biografías a la vez, la del padre y la del hijo, la de Laureano Gómez y la de Álvaro Gómez, ambas de igual importancia por la extensión que ocupan y por el cuidado que les dispensa el autor. La primera parte es un esfuerzo notable por eludir la costumbre de calificar con los aceros calientes del furor adjetivo a quien a su vez fue un propugnador incansable de su uso. Constaín, que no se cansa de insistir en la necesidad de superar el lenguaje de la guerra cuando se acomete la tarea de someterla al análisis histórico, enmarca en términos ecuanimes la figura de Laureano Gómez: le atribuye una cuota importante de responsabilidad en agudizar y encender la chispa del encono partidista en una de las épocas más duras de la Violencia, pero también le reconoce la voluntad de pactar la paz cuando Alberto Lleras fue a buscarlo en el exilio en España para acordar los lineamientos de lo que luego sería el Frente Nacional.

Con el promediar del siglo XX, con el ocaso de Laureano, arranca la segunda parte de esta biografía: el momento en que Álvaro Gómez,

después de haber tomado parte en la instigación laureanista de hacer “invivible la República” en los años peores de la violencia bipartidista, de haber servido de portavoz de un discurso envilecido por la contumelia (la palabra es de la época), adquiere una estatura política menos a ras de las virulencias banderizas y una solidez intelectual de visos más amplios y comprensivos. Este aspecto de la formación intelectual de Álvaro Gómez merece una atención especial por parte de Constaín, pues es allí donde acaso resida la singularidad de quien fue, según una de las pocas destemplanzas superlativas del biógrafo, “el estadista más grande de Colombia en el siglo XX” (p. 12). Ya en la primera parte, cuando el adolescente Álvaro Gómez asoma aquí y allá entre el recuento de la vida de Laureano, aparecen las lecturas decisivas y de continuada influencia en su pensamiento: Maurras, Spengler, Ortega y Gasset, además de Plutarco, Shakespeare y Dostoievski (según Constaín, el autor de cabecera de la familia Gómez).

Todo este cúmulo de lecturas, autores y filosofías habrá de decantarse justamente en esta *segunda singladura* de la vida de Álvaro Gómez, según la bella metáfora náutica de los griegos, cuando se sienta, en las tardes del exilio en Barcelona, a escribir *La revolución en América*, un ensayo de profunda hondura y elegancia analíticas, una “filosofía de la historia” (p. 279) sobre ese proceso de complejidad profusa, barroca, abigarrada, de la formación de América y ese sino trágico del continente de estar siempre en trance de trastocarlo todo. Sintetiza bien Álvaro Gómez la tesis principal de su ensayo cuando en uno de los pasajes de *La revolución en América*, citando a Ortega y Gasset, sostiene que el derecho fundamental del hombre es el derecho a la continuidad, precepto violentado sin tregua por el adanismo mesiánico de los latinoamericanos, en cuyas ansias permanentes de hacer borrón y cuenta nueva se olvida de que “el hombre no es nunca un primer hombre: comienza a existir sobre cierta altitud de pretérito amontonado”.

Aunque las ideas de Álvaro Gómez en *La revolución en América* están alentadas por viejas concepciones tradicionalistas y conservadoras de

RESEÑAS		BIOGRAFÍA
<p>escasa resonancia en la historiografía contemporánea, es innegable que la obra está escrita con maestría y belleza estilística (eso de llamar a la tradición “altitud de pretérito amontonado” solo lo puede el talante de un buen prosista). Además, hay en el libro de Álvaro Gómez un algo difícil de precisar, cierta cualidad que acaso convenga llamar inclinación esteticizante, aproximación sensualista a la historia. Y estas dos virtudes, el cuidado formal a cuyo empeño se somete la escritura y el abordar el ámbito del pasado desde el goce estético, aparecen renovadas en el libro de Constaín con una prosa donde caben recursos de estilo menos rígidos y una visión de la historia menos auxiliada por los resortes de una ideología dada.</p> <p>Gracias a uno de estos rasgos de la prosa de Constaín, el apego constante a la ironía, él mismo, en el curso del libro, puede señalar las limitaciones de sus dispositivos retóricos, como aquel de usar de manera continuada la locución “de lado y lado” cuando se trata de fijar responsabilidades en el recuento de quienes atizaron la hoguera de la Violencia. Constaín, con esta fórmula, dice él, no se propone excusar a nadie, ni negar el hecho de que los Gómez, los dos, Laureano y Álvaro, fueron actores decisivos de los desafueros cometidos en esa época. Lo que busca hacer explícito con la expresión “de lado y lado” es que una guerra no se libra en sentido unilateral ni puede juzgarse a la luz de unos únicos responsables. Cita Constaín, a propósito de esta tendencia atávica de fijar en el otro la ejecución exclusiva de la barbarie, la famosa reflexión de Orwell cuando el escritor inglés pasó una temporada en la España convulsa de la guerra civil: “Todo el mundo cree en las atrocidades del enemigo y descreo de las de su propio bando” (pp. 144-145).</p> <p>Superar así las distorsiones de una narrativa que se ensaña en el propósito de señalar los desafectos políticos como monstruos y propiciadores de la debacle nacional es otro de los esfuerzos laudables de esta biografía y ensayo histórico de Juan Esteban Constaín. El mérito anterior está también presente en la tarea de desarticular aquella propensión biográfica a acomodar ciertos trazos del biografado para que converjan en la ficción de una</p>	<p>identidad coherente, prefijada desde sus primeros pasos y cuya consumación el biógrafo se encarga de relatar. En últimas, este libro propone un discurso historiográfico donde quepan los matices, los claroscuros y todos aquellos elementos que hacen de la historia política una suma más compleja que la simple enemistad entre dos bandos, dueños cada uno de una verdad histórica acomodaticia y sesgada.</p> <p style="text-align: center;">Jerónimo Uribe Correa</p>	